

20728

HISTORIA

DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1878.

Cuaderno 84.

L47
1857

Bula de Leon X, junto con la Suma del Angel de las escuelas, el Crysopraso de Eck y otros escritos del propio autor, como tambien de Emser.»



BOSSUET.

Lutero trató de consumir la obra. Anunció que al día siguiente predicaría.

Ya se comprenderá cómo había de llenarse el templo, al que acudieron, unos ávidos de emociones, otros para gozarse en ver la iglesia convertida en club, otros, en fin, para aplaudir nuevamente á su ídolo.

Escuchemos algun pequeño fragmento de aquel incendiario sermon.

«Ayer yo hice quemar en la plaza pública las obras satánicas de los papas: Hubiera valido más quemar al Papa mismo, es decir, la Sede Pontificia (1). Si no rompéis con Roma, no hay salvacion para vuestras almas. Que lo reflexione bien todo cristiano: al comunicar con los papistas renuncia á la vida eterna. ¡Abominacion sobre Babilonia! Miéntas guarde un suspiro en mi pecho repetiré esta palabra: ¡Abominacion!»

Al llegar á su celda encuentra cartas de los nobles de la Franconia, que le escriben:

«Valor, padre, nada de miedo: cuando sea menester aquí estamos nosotros para defenderos. Se hallan ya dispuestos cien hombres de armas que acudirán en vuestro auxilio á la primera señal. Desgraciado de aquel que se atreva á tocar uno solo de vuestros cabellos.»

XVI.

La dieta de Worms.

Al ser coronado emperador de Alemania el jóven Carlos V, adelantósele el arzobispo de Colonia, vestido de pontifical, para preguntarle en alta voz:

—¿Prometéis trabajar sinceramente en el triunfo de la Iglesia católica?

El Emperador hizo una señal afirmativa.

—¿Prometéis, volvió á preguntarle el Arzobispo, defender y amparar las iglesias de Alemania?

Cárlos volvió á contestar con un signo de afirmacion.

—¿Prometéis sostener lealmente los intereses del imperio?

El jóven monarca contestó con la misma señal.

—¿Prometéis, insistió preguntando por última vez el Prelado, rendir al Pontífice de Roma la obediencia que le es debida?

A esta última pregunta Cárlos V ya no se limita á contestar con una inclinacion de cabeza, sino que levantando la mano y poniéndola sobre la mesa del altar en el lado del Evangelio, dice con voz clara y majestuosa:

—Tambien lo prometo, y cuento para cumplir con mi promesa con la ayuda de Dios y de los cristianos: ¡Que Dios y sus Santos me protejan!

Fiel á su palabra, Cárlos V, algunos meses despues de su coronacion, convocaba una dieta en Worms á fin de oponerse á la actitud que Lutero venía tomando contra la Iglesia.

Aleandro asistió á la dieta como embajador de Leon X.

El enviado pontificio tomó la palabra, y ocupándose de la rebelion de Lutero, dijo:

«...Dejemos esta loca doctrina de Lutero que afirma que está prohibido resistir á los turcos, porque Dios nos visita por medio de los infieles; lo que equivale á pretender que en una enfermedad está vedado acudir á la medicina, porque si Dios nos envía enfermedades es para purgar nuestras faltas. ¿No os admira ese corazon de Lutero que preferiría ver á la Alemania destrozada por los perros de Constantinopla, que guardada por el Pastor de Roma?

«Os acabo de hablar de Roma, de esa Roma cuya tiranía tanto pesa á Lutero. Roma, segun él, es el país de los hipócritas; esto supone que Roma es tambien el país de las virtudes: no se fabrica oro falso en un pueblo donde el oro de ley no tenga un alto precio.

«Lutero continúa:—El Papa ha usurpado la primacía que se arroga. ¿Usurpado? ¿Y cómo? ¿Es con las falanges de Alejandro, la espada de César ó el hacha del verdugo? ¡Qué! ¿To-

(1) *Ex re fore ut papa quoque, hoc est, Sedes papalis concremaretur.*—Luth. Op.

dos estos pueblos que hablan diversidad de idiomas, que viven bajo distinto cielo, de orígenes y costumbres distintas, con intereses que se chocan, se habrían puesto de acuerdo para reconocer como Vicario de CRISTO un pobre sacerdote sin poder, sin otro patrimonio que un rincón de tierra; y los obispos habrían inclinado sus mitras, los reyes sus coronas, si la antigua tradición no les hubiese enseñado que estos homenajes de obediencia, de fe, se dirigían al heredero de Pedro; que en esto no hacían más que ejecutar el testamento del Hijo de Dios? Pero supongamos que el CRISTO abandona su Iglesia, que esta asamblea, herida de vértigo, despoja al pontificado de su primacía: destruída ésta ¿cómo gobernar la Iglesia? Cada obispo, diréis vosotros, será soberano absoluto en su diócesis. Entónces en vez de lo que se llama una tiranía, hé aquí mil tiranías que vosotros mismos os apresuraréis á destruir; aquí tenéis la anarquía entrando en el templo del Señor, aquí tenéis la corona echada á cualquier barón que posea un castillo. Se añade: Sobre los obispos reinará el Concilio: ¡obispos, bajad la cabeza! Será este sin duda un Concilio permanente; y entónces ¿dónde estarán los pastores? Léjos de sus rebaños. Y disuelto el Concilio, ¿á quién acudir para proporcionar los remedios que la comunidad reclame? ¿A la autoridad seglar? Entónces tenéis el poder temporal invadiendo la Iglesia. ¿Quién convocará el Concilio? ¿Quién lo presidirá? Ya véis que cada cuestión está preñada de perturbaciones, de revueltas, de inquietudes. ¡Qué barahunda de leyes, de ritos, de doctrinas va á salir de un conciliábulo semejante en que cada fiel pretenderá que su obispo ha sido el que ha sostenido la integridad de la fe! Muy pronto en semejante poliarquía veréis á los párrocos envidiar el poder á los obispos, á los sacerdotes el de los párrocos; entónces será cuando surgirá aquella Babilonia que Lutero coloca insolentemente en su Roma moderna.

«Se opone este supremo argumento:—¿Cómo se vivía en los primeros siglos de la Iglesia cuando el poder de los papas distaba mucho de ser tan grande? Con semejante argumento tendríamos que preguntar á nuestra vez:—¿Cómo el hombre ha cesado de alimentarse de bellotas y las hijas de los reyes de lavar sus vestidos? ¿Quién no sabe que el cuerpo político se parece al cuerpo humano, que el siglo avanza con la edad, que el adolescente no lleva los vestidos de la infancia?

«...Vuestros vecinos mismos, que han patrocinado el error, aplaudirían el que tomarais medidas enérgicas; porque si puede verse con gusto que la fiebre descienda en la casa del enemigo, no se mira con placer que se enseñoree de ella la peste... Si no tomáis la podadera, yo veo este árbol de Nabucodonosor extender sus ramas, desarrollarse, ahogar la viña de JESUCRISTO; entónces la herejía acabará por hacer de la Germania lo que la espada de Mahoma hizo del Asia.»

Aleandro añade que él no pretende en manera alguna pedir la sangre del heresiarca.

El elector de Sajonia, despues de protestar su adhesión á las enseñanzas de Roma y su antipatía por las doctrinas de Lutero, expresó su deseo de que al monje se le proveyese de un salvo-conducto y se le ordenase presentarse ante la asamblea.

Aleandro contestó que el Papa había dicho ya la última palabra, que para los católicos no era tiempo de discutir, sino de obedecer. Uniéronse á su opinion varios individuos de la asamblea, los cuales creían que el brazo seglar debía apelar á la fuerza para proteger la acción del poder religioso; de lo contrario, sería preciso desenvainar la espada, no contra un hombre sólo, sino contra una rebelión organizada.

La resolución que se adoptó fué la de llamar á Lutero.

El mandato imperial decía á éste:

«... Ponéos inmediatamente en camino, á fin de que, á los veinte días despues de la recepción de este mandato, podáis comparecer ante nosotros y los Estados. No tenéis que temer ni violencias ni emboscadas. Queremos que contéis vos con nuestra palabra, así como contamos nosotros con vuestra obediencia.»

Sabía perfectamente Lutero que con ir á Worms no corría su persona el menor peligro. No en vano Cárlos V empeñaba su palabra de honor. Por otra parte, Cárlos era bastante jó-

ven para no distinguirse por esos arranques de generosidad con que quiere acreditarse un nuevo reinado. Sin embargo, Lutero, que de lo que trataba era de darse importancia, creyó la ocasión propicia para que aquellos ilusos, que ya le tenían como profeta, le venerasen en lo sucesivo como mártir.

—Si quieren matarme, dijo al recibir el mandato, iré á Worms; pero nunca me retractaré (1).

Mientras Lutero, no contento con un salvo-conducto, se procura dos, uno de un emperador y otro de un elector, dice á sus amigos :

—Sé que el santísimo adversario de CRISTO sale á mi encuentro con todas sus fuerzas para tomar mi sangre. Amen. Hágase la voluntad de Dios. Viviendo, les desafío á esos ministros de Satanás; muriendo, les arrastraré conmigo á la tumba... Trabajan para que me retracte; está bien; me retractaré, pues, y diré:—Yo sostuve un día que el Papa era vicario de CRISTO; hoy me retracto y digo:—El Papa es el apóstol del diablo (2).

Emprende Lutero su viaje; pero esta vez ya no es á pié, con un hábito viejo y su baston en la mano. Sale de Wittenberg en un carruaje que le proporciona el Senado, acompañándole sus abogados, sus consejeros y precedido de Sturm, que, caballero en brioso caballo, ostenta las insignias de los heraldos de armas.

Sus amigos se encargan de proporcionarle una ovacion en los puntos por donde debe pasar. Numerosas masas salen á su encuentro; unos se descubren ante él, otros le estrechan la mano.

En algun punto parece que el heraldo de armas abriga alguna inquietud: Lutero, sacudiendo la cabeza, le grita :

—¡Adelante! Yo iré adonde se me llama, áun cuando entre Witemberg y Worms se hubiese encendido una hoguera cuyas llamas tocasen al cielo.

A dos millas de Erfurt salen á recibirle Juan Croto, rector, y Helio Eobano Heso, profesor de retórica, acompañados de más de cuarenta caballeros.

Al divisar el pequeño convento de Agustinos, donde algunos años ántes había vestido el hábito de su Orden, sintió que se le oprimía el corazón. Vinole á la memoria que allí abrió él por primera vez la Biblia en días más felices, allí sintió el encanto de la historia de Ana y de Samuel; recordó que cerca de allí había visto caer á sus piés, carbonizado por el rayo, á su amigo Alejo. En aquel sitio, Lutero, embelesado, escuchaba los sencillos cantares de los paisanos en la noche de Navidad en época en que los misterios de la Religion guardaban para él su celestial poesía; allí estaba su celda donde oró un día lleno de fe, el jardín donde admiró la belleza de Dios en sus obras, la modesta mesa donde estudió los clásicos.

Con pié vacilante, con actitud temblorosa, sin saber ocultar su agitacion, Lutero entra en el convento. Sentía allí como dos fuerzas en lucha, una de atraccion, otra de repulsion; los encantos del pasado que le llamaban hacia aquel lugar donde respiró una atmósfera embalsamada por los aromas de una juventud fervorosa y casta; los remordimientos del presente que le hacían aquel sitio insufrible.

Lutero necesita más valor para pasearse por aquel claustro que para comparecer ante Carlos V en la dieta de Worms. Cada imágen, cada una de las piedras se levanta para él como un fantasma aterrador que le reprende por su conducta. Al entrar allí por primera vez era ferviente católico; entónces no era más que un apóstata.

A la caída de la tarde se le llevó á visitar la tumba de un monje á quien él conoció en otro tiempo, muerto en la paz del Señor. Lutero se detiene, clava su mirada en aquel ataúd, y de sus trémulos labios escapa esta confesion ante uno de los religiosos que le acompañan :

—Ya lo véis, padre mío; él reposa aquí en paz, y yo...

Lutero no pudo terminar la frase. Sus ojos se levantaron buscando el cielo.

(1) De Wette.

(2) *Papam dixi esse Christi vicarium, nunc revoco et dico: Pápa est apostolus diaboli.*—De Wette.

Al dejársele en la celda que se le había destinado, Lutero sale de ella para volver hacia aquella tumba. Hay allí algo de sombrío que está en armonía con las sombras de su alma. Solo, á la pálida luz de una lámpara que se extingue, Lutero se sienta sobre la fría losa y se entrega allí á la meditacion por espacio de una hora. Cuando la campana del convento dió la señal para ir á acostarse, Lutero ni siquiera la oyó, tan abismado estaba en sus lúgubres meditaciones.

Al día siguiente quiso predicar, contraviniendo las órdenes dadas por el Emperador.

Hallábase la iglesia atestada de gente. En medio del sermón, una parte exterior de las paredes del templo se vino á bajo con grande estrépito. El auditorio huye aterrado, como si viera en aquel hecho la cólera de Dios que iba á castigarles á todos. Lutero les detiene para que oigan su última palabra, y les dice:

—Esto no es más que la obra del demonio, que quiere impedirlos el que oigáis la palabra de Dios que yo os anuncio.

Lutero no terminó su sermón sin que ántes se deshiciera en terribles diatribas contra los religiosos.

No pasó por Erfurt el doctor sin dejar huella.

Pocas semanas despues el populacho se echaba enfurecido sobre las casas de los canónigos, rompiendo cuanto le venía á mano, libros, imágenes, cuadros, muebles, y echando al viento la pluma de sus camas, que caía por las calles á manera de nieve.

Al pasar por Eisenach, Lutero tuvo que lanzar una mirada á la habitacion de la buena Cotta. Esta vez le vinieron las lágrimas á los ojos. ¡Cuán diferente era Martin de aquellos días en que preguntaba el Catecismo al hijo de la bondadosa mujer!

Por el camino se le mandó el retrato de Savonarola. Lutero besó la imagen del hombre á quien calificaba de mártir.

Desde Francfort escribió á sus amigos de Wittemberg una carta que terminaba diciendo: «¡Vive CRISTO, iré á Worms para desafiar las puertas del infierno!»

Al encontrarse á la vista de Worms, el doctor se apercibe de un aldeano que iba á plantar un olmo.

—Dámelo, le dice; quiero ser yo quien lo clave en la tierra; que mi doctrina crezca como las ramas de este árbol.

En 1811, el rayo, cayendo sobre aquel olmo, le despojó de su verde corona. Hacía muchos años que los mismos hijos de Lutero habían destruído de raíz las doctrinas predicadas por éste. Del protestantismo, tal como lo concibió Lutero, no habían pasado dos generaciones y ya no quedaba nada.

En las puertas de Worms el bufon del duque de Baviera le esperaba con una cruz en la mano y una vela encendida en la otra. Al verle dijo gritando:

—*Ecce advenit quem expectamus in tenebris.*

Los partidarios del doctor sonrieron satisfechos, y dijeron:

—La verdad está en boca de los niños y de los locos.

En Worms sus amigos le hicieron una ovacion.

Era el 16 de abril. Abriendo la marcha iba el heraldo imperial en traje de ceremonia. Tras de él seguían varios nobles montados á caballo, y una multitud de pueblo corría en torno del carruaje en que se hallaba el doctor.

Llegado á su alojamiento, recibió la visita del feld mariscal Ulrico de Pappenheim, la del duque Guillermo de Brunswick, la del conde Guillermo de Henneberg y la del landgrave Felipe de Hesse.

Hallándose en conversacion con el landgrave, éste le preguntó:

—Y bien, mi querido doctor, ¿cómo anda esto?

—Muy bien, amable caballero, contestó el agustino, espero que, ayudando Dios, todo marchará.

—Me han dicho, doctor, añadió el príncipe, que vos enseñáis que una jóven puede dejar un marido demasiado maduro para tomar otro más verde.

Ante estas palabras, que olían demasiado á cuartel, Lutero se sonrió diciéndole:

—Mi amable señor, esto no es así; han engañado á Vuestra Gracia; nunca enseñé semejante cosa.

Hasta entónces, efectivamente, Lutero no lo había enseñado. Esto había de venir más adelante.

La primera noche que estuvo en Worms Lutero distó mucho de manifestar la calma del mártir de que hasta entónces se venía envaneciendo. Aquella noche la pasó en la ventana de su habitacion lanzando al cielo vagas y sombrías miradas.

Al día siguiente Ulrico de Pappenheim, precedido del heraldo de armas, se presentó á Lutero para ordenarle, en nombre del Emperador, que á las cuatro de la tarde compareciese ante Su Majestad, los príncipes, los electores, los generales y los jefes de las Órdenes del imperio. El monje respondió:

—Hágase la voluntad de Dios: obedeceré.

A la hora señalada Lutero se dirige al sitio donde se celebra la dieta. El jefe de los guardias de Carlos V, Jorge Frunsberg, poniéndole la mano en los hombros, le dijo:

—Vamos, fraile, á fe de caballero, te digo que es bizarra campaña la que vas á dar; ni yo, ni ninguno de mis oficiales hemos dado otra igual y esto que somos hombres de historia. Si estás seguro de tí y de tu derecho, adelante.

—¡Adelante, pues! dijo Lutero levantando la cabeza con altanería y fijando la mirada en su interlocutor.

Carlos V sentábase con majestad en su trono con su muceta de armiño, con su gorra de plumas, ostentando su toison de oro, que pendía de un collar de perlas. Al pié del trono, en magníficos sillones de terciopelo carmesí, había el cardenal Caracciolo, vestido de sotana encarnada, y el cardenal Aleandro con traje morado, dando á su aspecto un carácter imponente su larga barba terminada en punta, conforme se usaba en la corte de Julio II.

A la diestra del Emperador hallábanse los dos electores eclesiásticos: Alberto, arzobispo de Maguncia, cardenal de la Iglesia romana, y Ricardo de Greiffenklau, arzobispo de Tréveris; á la izquierda los cuatro electores, con manto de terciopelo bordado de armiño, y junto á Carlos, Juan de Eck, oficial del Arzobispado de Tréveris, y orador del imperio, el cual estaba hojeando folletos de distintos tamaños colocados sobre una pequeña mesa. Por su rasurada cabeza y su cordon arrastrando hasta el suelo reconocíase al franciscano Glapion, confesor de Carlos V. Tres heraldos de armas, puestos de frente, sostenían, el uno la mano de la justicia, el otro la espada imperial y el tercero una corona de oro que remataba en una cruz latina. A uno y otro lado veíanse los caballeros que representaban las distintas Órdenes de la nobleza alemana, con su cuerpo aprisionado dentro de corazas de acero; monjes de varias clases ostentando hábitos de diversas formas y colores, y formando el cortejo del monarca varios miembros de la grandeza española con sus ricas casacas, multitud de juristas con el libro de las constituciones imperiales en la mano, obispos que se hablaban al oído, enseñándose la antibula, algunos teólogos y burgomaestres.

Era un día completamente sereno. Al traves de los ventanales del salon el sol derramaba deslumbrantes rayos de luz, que daba mayor brillantez á las joyas que ostentaban sobre sus pechos varios de los asistentes.

Al oirse los pasos de Lutero que se acercaba, todo el mundo se puso en silencio; era una de aquellas horas en que el hombre, aún estando en medio de una muchedumbre, sólo percibe las pulsaciones de su corazon precipitadas por la ansiedad.

Al presentarse Lutero, desde el Emperador hasta el último guardia todos clavaron en él su mirada.

El doctor se adelanta con paso majestuoso.

Apénas hubo entrado, percibióse un rumor confuso que comunicó al agustino cierta intranquilidad. Lutero se pasó la mano por la frente como para serenarse.

Algunos amigos adivinaron su situación algo angustiosa, y acercándose al monje le dijeron al oído:

—¡Valor, hermano! No temáis á aquellos que pueden matar solamente el cuerpo; temed á Aquel que puede echar el cuerpo y el alma al tormento eterno.

No faltó un caballero que se adelantase á exclamar en voz bastante perceptible:

—No pienses en lo que debes decir; el Señor te inspirará.

Lutero se reanima y saluda con la cabeza á los que le hablan en señal de mutua inteligencia.

El jurista Juan Eck, distinto del teólogo Eck, á quien llevamos hecha referencia, en su carácter de oficial del arzobispado de Tréveris, se levanta y principia el interrogatorio, primero en latin y despues en aleman.

—Martin Lutero, su sagrada é invencible Majestad, conforme al dictámen de las Órdenes del imperio, os ha citado aquí para que respondáis á las dos preguntas que voy á dirigirlos:—¿Reconocéis ser vos el autor de los escritos publicados bajo vuestro nombre, y que están aquí? ¿Consentís en retractar algunas de las doctrinas que en ellos se enseñan?

Iba á contestar el interpelado, cuando el jurista Jerónimo Schurf, profesor de lógica de la universidad de Wittemberg, asesor de Lutero, pidió que se citase ántes el título de las obras.

El oficial fué tomándolas una á una y leyendo los diferentes títulos: *Comentarios sobre los Salmos; De las buenas obras; Exégesis sobre la oracion dominical; Libro del Cautiverio de la Iglesia en Babilonia.*

Cada vez que se citaba uno de estos libros, Lutero respondía afirmativamente con un movimiento de cabeza.

Terminado el catálogo, Lutero se levantó de su sitial para decir:

—Su Majestad me ha hecho dirigir dos preguntas: Respecto á la primera, no puedo dejar de reconocer como escritas por mí las obras cuyos títulos se acaban de leer; nunca negaré que son mías. Respecto á la pregunta de si consiento ó no en retractar las doctrinas que estas obras contienen, cuestion de fe en que están interesadas mi salvacion eterna y la libre expresion de la palabra divina, palabra que no reconoce nada más alto que ella ni en la tierra ni en el cielo, y que todos debemos adorar, seamos quien seamos, sería para mí temerario y peligroso contestar inmediatamente sin haber ántes meditado la respuesta en silencio, á fin de no incurrir en la sentencia de JESUCRISTO: «Aquel que me negare delante de los hombres, yo le negaré delante de mi Padre que está en los cielos.» Suplico, pues, á Vuestra Majestad que me conceda el tiempo necesario para responder con todo conocimiento de causa.

En estas palabras se ve una vacilacion que no se explica dados los alardes de Lutero. Despréndese de ahí que distaba mucho de ser hecho de la madera de los héroes. ¿Por ventura esta respuesta no tuvo tiempo de sobras para meditarla cuando él sabía, desde que se le citó para que compareciese en Worms, que allí se le pediría su retractacion?

Algunos ilusos, que querían hacer del agustino un hombre inspirado, se vieron contrariados por estas palabras; los españoles sonrieron, los nuncios se hablaron al oído, los teólogos católicos menearon la cabeza.

Cárlos V, mirándole con actitud de lástima, dijo á los de su lado:

—Lo que es este hombre no va hacerme á mí hereje.

Se procedió á deliberar.

Luégo, levantándose nuevamente el oficial, dijo:

—Martin Lutero, aunque conocíais muy de antemano el mensaje de Su Majestad Imperial y el objeto de vuestra citacion ante la dieta, de suerte que se os pudiera negar el plazo que demandáis, no obstante, la clemencia insigne del soberano tiene á bien concederos un día para preparar vuestra respuesta. Compareceréis, pues, mañana á la misma hora.

Al día siguiente á la hora que se había fijado, Lutero se constituyó en el local donde se celebraba la dieta. Como las Órdenes estaban deliberando se le hizo estar mucho rato entre la muchedumbre esperando que se le llamara.

Al fin se le introdujo en el salon. Eran más de las seis de la tarde. La asamblea estaba alumbrada con antorchas.

El oficial toma la palabra :

—Martin Lutero, ayer reconocisteis por vuestros los libros impresos bajo vuestro nombre. ¿Os retractáis? Explicáos.

Lutero había tenido tiempo para confabularse con sus adversarios, quienes no dejarían de atizarle á la rebelion; nada tiene, pues, de particular que en la segunda sesion se presentara en actitud más resuelta.

«Serenísimo Emperador, dijo con énfasis, lustres príncipes, clementísimos señores, aquí me tenéis... Si al hablar faltó al ceremonial de las córtes, dispensádmelo, puesto que yo no he sido educado en los palacios; no soy más que un pobre monje, hijo de mi celda.

«Serenísimo Emperador, príncipes del imperio, á las dos preguntas que se me dirigieron ayer, respecto á si reconocía como míos los libros publicados bajo mi nombre, y si persistía en defenderlos, respondo :—Sí; persisto, y persistiré hasta morir.

«Entre éstos hay unos en que combato al papado y las creencias de los papistas, como monstruosidades. Pues bien: no puedo negarlo, tan alto hablan para mí los gritos, los testimonios de la conciencia: las decretales de los papas siembran el desórden en el Cristianismo; ellas sorprendieron, aprisionaron, torturaron la fe de los fieles; ellas devoran como una presa esta noble Germania. Si negara estos escritos yo abriría al torrente de la impiedad un dique por el cual rebosaría sobre todo el mundo cristiano. Hombre como soy, y no Dios, no sabría poner mis libros bajo otro patronato que aquel con el cual JESUCRISTO amparaba su doctrina. Interrogado ántes por Anas acerca lo que enseñaba, abofeteado su rostro por un criado, dijo: —«Si he hablado mal muéstrame en qué.» Si Jesus nuestro Señor, que era impecable, no rechazó el testimonio que las bocas más viles pudieran presentar; yo, hez de la tierra, ¿no debo solicitar el exámen de mis doctrinas?

«Ruego, pues, en nombre de Dios vivo, á vuestra sagrada Majestad, á vosotros, ilustres Órdenes, que vengáis á deponer contra mis doctrinas y á convencerme de error con los profetas y el Evangelio en la mano.

«Sabadlo; he pesado bien los riesgos, las angustias, los odios que deberá soportar mi doctrina en este mundo: estoy contento al ver que la palabra de Dios promueve discordias y disensiones, es el destino del Verbo divino; porque el Señor ha dicho:—He venido, no á traer la paz, sino la guerra; he venido á separar al hijo del padre.

«No olvidéis que Dios es á la vez admirable y terrible en sus designios. Temed que si condenáis la palabra divina, esta palabra no dé lugar á un diluvio de males, y que el reinado de este noble jóven, en quien, despues de Dios, se apoyan todas las esperanzas, no sea bien presto turbado... Dios derriba las montañas ántes que éstas conozcan su caída: el temor es la obra de Dios.

«No es que trate de dar consejos á tan altas y tan poderosas inteligencias: yo debía esta declaracion á la Alemania, mi patria.»

El oficial se levanta nuevamente y dice que allí no se trata de discutir doctrinas condenadas por los Concilios; que lo que se desea es que Lutero diga sencillamente si se retracta ó no.

Lutero responde con altivez :

—Á ménos que se me convenza de error por el testimonio de las Escrituras ó de la evidencia — porque no creo en la sola autoridad de los Papas ó de los Concilios, — ni puedo ni quiero retractarme.

«Esta es mi profesion de fe; no esperéis ninguna otra de mí.»

Esta Escritura que él pretendía reconocer como criterio supremo distaba mucho de acep-

tarla, puesto que rechazaba á su arbitrio, no sólo versículos ó capítulos que no le acomodaban, sino hasta libros enteros.

Para que comprendamos la autoridad que para él tenía la Biblia, oigámosle hablar de ella.

Se ocupa del Pentateuco, y dice :

«No quiero ver ni oír á Moises; lo dejo á los judíos. Moises vivió para los solos judíos, y nada tienen que ver con él ni los paganos ni los cristianos... Moises es el modelo de todos los verdugos y nadie le aventaja al tratarse de aterrorizar, tiranizar ó hacer padecer.»

Se habla del Eclesiastes, y Lutero entónces dice:

«Es un libro truncado; no tiene botas ni espuelas; monta con zapatos nada más.»



VOLTAIRE.

Versa la cuestion sobre el libro de Judit ó de Tobías, y el heresiarca emite su opinion diciendo :

«Á mí Judit me hace el efecto de una tragedia en que se pone de manifesto el fin de todos los tiranos; en cuanto á Tobías, se me figura una comedia en que salen muchas mujeres y otras cosas que no hacen al caso.»

Acerca el Eclesiástico se expresa así:

«El autor sería un buen jurista; pero ni es profeta ni sabe nada absolutamente del CRISTO.»

Al libro II de los Macabeos le tiene cierto odio particular.

«Este libro, dice, quisiera que no existiese; se hallan en él una porcion de judiadas y de corrupciones paganas.»

Ni respeta siquiera los santos Evangelios.

«El único verdadero, escribe, es el de san Juan.»

Se refiere á las epístolas y escribe :

«La de Santiago es una verdadera epístola de paja.»

Habla, por fin, del Apocalipsis; pero hé aquí cómo :

«Cada cual es libre de pensar lo que quiera; mas yo siento repugnancia por este libro, y esto basta para que lo rechace.»

El hombre que así se expresaba no tenía razon para apelar á las Escrituras.

Despues de la contestacion de Lutero, las Órdenes se retiraron para deliberar.

Tomado un acuerdo, el oficial dijo :

«Martin Lutero, habéis resucitado dogmas condenados por el Concilio de Constanza y ahora pedís ser convencido por las Escrituras. Si todo el mundo tuviese libertad de discutir doctrinas desde tanto tiempo establecidas por la Iglesia y los Concilios, no habría principios, ni dogmas, ni nada de cierto, nada de fijo que debiera aceptarse bajo pena de condenacion eterna.»

Era ya muy tarde. La dieta tuvo que levantar la sesion.

Dos días despues la dieta se reunió de nuevo.

Anuncióse con solemnidad un mensaje del Emperador: todos se levantaron en actitud respetuosa.

El secretario de la dieta leyó el rescripto imperial en que se encuentran estas palabras :

«Habiendo un fraile que se ha atrevido á atacar los dogmas de la Iglesia y al Jefe de la catolicidad, defendiendo con obstinacion los errores en que ha caído, y negándose á retractarse, hemos creído necesario hacer oposicion al progreso de semejantes desórdenes, hasta si menester fuera, con peligro de nuestra sangre, de nuestros bienes, de nuestras dignidades, de la fortuna del imperio, á fin de que la Alemania no se contamine con el crimen del perjurio. En adelante no queremos oir más á Martin Lutero, cuya inflexible tenacidad han podido conocer los príncipes; le ordenamos que se aleje, que se retire bajo la fe de la palabra que le tenemos empeñada, pero absteniéndose, durante el viaje, de predicar y promover desórdenes.»

No obstante el rescripto del Emperador, Lutero fué visitado por varios nobles. Las cercanías de su alojamiento se hallaron constantemente llenas de un gran gentío.

Poco despues de conocido el mensaje, en las paredes de palacio se fijó furtivamente un manuscrito que decía :

«A vosotros, papistas; á vos, arzobispo de Maguncia, os declaran guerra á muerte cuatrocientos caballeros, bajo la fe de su juramento, por haber querido oprimir al justo del Señor. Pronto los cuatrocientos serán ocho mil.—Bundschuch.»

Era una proclama de rebelion que merecía un castigo. En el consejo del Emperador hubo príncipes que propusieron que se le prendiese.

El duque Jorge contestó :

—Es menester cumplirle lo que se le ha prometido: nosotros, nobles, nos mancharíamos con indeleble borron quebrantando nuestra palabra. Nuestros antepasados se cubrirían el rostro de vergüenza.

Muy bien, dijo el Emperador, estrechándole la mano; muy bien, noble duque; si algun día la buena fe llegara á desaparecer de la tierra, es en la corte de los príncipes donde debería refugiarse.

XVII.

El Arzobispo de Tréveris.

Cárlos V, que no temió jamas ante un ejército por poderoso que fuese, llega á temer al calcular las consecuencias del cisma que se prepara. El Emperador es hombre que no pierde una hora de su sueño en la víspera de una batalla, y sin embargo este sueño se lo impide un

monje agustino. Es que Cárlos conoce el funesto alcance de la perturbacion que ya se produce en Alemania.

Este cisma él quisiera impedirlo por todos los medios que tiene á su alcance. ¡Tarea inútil! Lo que no logró Leon X no ha de lograrlo Carlos V. Pero se propone ensayarlo, y para ello desea que, prescindiendo de toda formalidad oficial, evitando publicidades que halagan el orgullo del Reformador, el arzobispo de Tréveris vea de convencerle.

Éste le manda llamar, y el P. Martin obedece á su llamamiento; pero en vez de comparecer solo, se presenta acompañado de varios amigos suyos que le siguieron de la Sajonia y de la Turingia.

Ya que Lutero se presenta con los suyos, el Arzobispo se rodea á su vez de Jorge, duque de Sajonia, del obispo de Augsburgo y otros.

Jerónimo Veck toma la palabra, y llamando la atencion á Lutero sobre las perturbaciones que introducían sus novedades, le dice:

«Ahí tenéis vuestro libro *De la libertad cristiana*; y bien ¿qué enseña este libro? Enseña á sacudir todo yugo, á erigir la desobediencia en sistema... Yo sé que algunas de vuestras obras respiran cierto olor de piedad; pero se ha juzgado el espíritu general de estos libros como se juzga el árbol, no por sus flores, sino por sus frutos. Debéis atender los consejos de paz que os dan las Órdenes del imperio. Sin duda responderéis que ántes debe obedecerse á Dios que á los hombres; pero ¿creéis que nosotros estamos sordos á la palabra divina, que nosotros no la hemos meditado?

—No os molestéis, contestó Lutero... Nada de retractacion; pedidme mi sangre, mi vida, pero no que desapruete lo que hasta ahora he dicho ó he hecho.

Lutero iba á retirarse, cuando Veck le retuvo conjurándole á que sometiera sus escritos al fallo de los príncipes y de las Órdenes del imperio.

—La palabra de Dios, contestó con arrogancia, es tan clara á mis ojos, que yo no podría retractarme sin que se me presentase otra más clara y más luminosa.

—¿Pero no habéis dicho que cederíais si se os convenciese por el texto mismo de las Escrituras?

—O por razones de toda evidencia, contestó Lutero.

—Luégo admitís una razon superior á la palabra de Dios, objetó con viveza el Canciller. Lutero no supo qué contestar.

El dean de la iglesia de la Santa Vírgen, en Francfort, tomó parte en la discusion, diciendo:

—Observad, Martin, que no hay herejía alguna de las que han destrozado la Iglesia que no tenga su nacimiento en la interpretacion de las Escrituras. La Biblia es el arsenal donde cada novador ha ido á proveerse de argumentos engañosos. Pelagio y Arrio sostenían sus errores con textos bíblicos; este último, lo mismo que vos, dijo que la palabra divina le encadenaba.

Lutero no se da por convencido.

Entónces Cochleo le toma las manos y le conjura á que no turbe la paz de la Iglesia.

Lutero se muestra inflexible á la voz del sentimiento como á la voz de la lógica.

—¿Pero consentiríais vos, al ménos, en someter vuestras doctrinas al primer Concilio que se reuniese?

—Sí; pero á condicion que su fallo se apoye en los Libros Santos.

—Entónces, si se acude á este recurso, ¿prometéis callar hasta que el Concilio haya emitido su parecer?

—Indudablemente.

El arzobispo de Tréveris no estaba presente al decirse esto. Fuéron á encontrarle, diciéndole:

—Lutero promete atenerse á la decision de un Concilio, y no dogmatizar hasta que recaiga un fallo sobre su causa.

El Arzobispo, muy satisfecho de esta solución, llama á Lutero. Las respuestas de éste le quitaron toda esperanza.

—Pero me parece, observó el Arzobispo, que no podéis rechazar un recurso de conciliación que vos mismo reclamabais hace poco. Decidme, pues, mi querido doctor, ¿qué medio indicaríais vos para evitar las perturbaciones que amenazan á la Iglesia?

—El mejor de todos es el que expresa Gamaliel: «Si la obra es del hombre, perecerá; si es de Dios, no morirá.» César y las Órdenes no tienen que hacer más que escribir al Papa estas breves palabras: «Si la obra de Lutero no es una inspiración de lo alto, dentro de tres años habrá desaparecido.»

—Pero bien, ¿y si se extrajeran de vuestras obras artículos que se sometiesen inmediatamente á la decisión del Concilio?

—Y alguno de ellos sería de aquellos que el Concilio de Constanza condenó ¿no es verdad?

—Pudiera ser.

—Entonces no, mil veces no: prefiero perder la cabeza ántes que desertar la palabra divina.

—Está bien, dijo el Arzobispo lanzando un amargo suspiro; ya que os obstináis, Dios os juzgará.

Poco despues el oficial de Tréveris mandaba á Lutero una órden del Emperador que decía: «Lutero, ya que os resistís á acoger los consejos de Su Majestad y de las Órdenes del imperio, se os conceden veinte días para volver á Wittemberg.»

Lutero exclamaba con aire profético, refiriéndose á Carlos V:

—¡Infortunado jóven, que ha cedido á malos consejos y ha rechazado la verdad que se le mostraba en Worms! Hé aquí á Carlos atacado por todas partes. Yo no lo extraño. Le anuncio desgracias sin fin: sufrirá la pena de la impiedad de los demas.

Sabida es la manera como se cumplió este fatídico augurio. Poco despues Carlos veía brillantemente coronados todos sus planes políticos, y el mismo Francisco de Francia constituido en su prisionero. El arzobispo de Pavía al recibirle en la catedral le dijo:

—Dios os envía para castigar á vuestros enemigos y libertar la Italia.

Empezaron á sacarse muy pronto las consecuencias de las premisas sentadas por Lutero.

Munzer traducía de una manera práctica esta máxima del libro de la *Cautividad de la Iglesia*: «A los cristianos no se les puede imponer nada de leyes por ningun derecho (1),» y sublevaba al pueblo contra las autoridades constituidas. Algunos eclesiásticos relajados, entre otros el canónigo Bernardo de Teldkirch, rompían con la ley del celibato, obedeciendo á la palabra de Lutero, que lo proscribía.

El Emperador cree que, como príncipe, tiene grandes deberes que cumplir, y no queriendo cargar con la responsabilidad de los efectos que habían de producir las innovaciones luteranas, prohíbe como crimen de lesa majestad dar asilo á Lutero desde el día 15 de mayo, fecha en que espiraba el salvo-conducto, y manda que, pasado aquel día, si Lutero continúa en sus Estados, sea preso hasta que los tribunales decidan lo que corresponda hacer. Dispone, además, que se quemem los libros del heresiarca y prohíbe bajo penas severas la publicación y expendición de caricaturas contra el Sumo Pontífice, la Iglesia romana, los príncipes y las universidades.

Las medidas ordenadas por Carlos V distaron mucho de tener exacto cumplimiento. Es verdad que en algunos puntos las obras del Reformador fueron quemadas por órden de Carlos; pero en Worms mismo los escritos del heresiarca eran repartidos de puerta en puerta cuando aún no estaban extinguidas las llamas donde habían sido arrojados.

El Emperador se sentía allí abrumado. Deseaba buscar un desahogo respirando la atmósfera de los campamentos; las luchas que se declaraban en el campo de la teología le tenían

(1) *Christianis nihil nullo jure posse imponi legum.* De Cap. Bal.

hondamente impresionado: á Lutero no sabía cómo batirle el que sabía perfectamente cómo había de batir al rey de los franceses.

Va á salir, pues, de Worms; y en el momento mismo en que él se arrodilla en el coro de la majestuosa catedral, el pregonero anunciaba una nueva gloria para la corona del grande Emperador: Hernan Cortes había descubierto Méjico.

XVIII.

Lutero declarándose contra el celibato eclesiástico.

El 26 de abril Lutero salió de Worms.

Llegado el 30 á Hirschfeld, quiso predicar no obstante la terminante prohibicion del Emperador. Al advertirsele esta prohibicion, contestó:

—Ántes es preciso obedecer á Dios que á los hombres.

Lo propio hizo en Eisenach, donde el párroco levantó una protesta formal contra la desobediencia del agustino.

Estos actos habían de llegar á noticia de los agentes del Emperador, quienes se creerían en la precision de imponer á Lutero el correspondiente castigo. El elector de Sajonia, para evitar las consecuencias que al doctor habían de producirle sus rebeldías, determinó esconderle en el castillo de Wartburgo, á cuyo fin se preparó una comedia, fingiendo que unos enmascarados se apoderaban del doctor en la entrada de un bosque.

El castillo de Wartburgo se halla situado á manera de nido de águila en el pico de aislada montaña. Era una especie de fortaleza, cuyas ruinas se conservan todavía, desde la cual se descubre el pintoresco, el encantador paisaje de la Turingia. Lutero consagraba despues vivos recuerdos á «aquella Patmos, á aquella region de las aves que con sus cantos día y noche alaban al Señor.»

Inútil es decir que el hecho de escondérsele en Wartburgo fué explotado por sus amigos, quienes hicieron circular el rumor de que Lutero había sido asesinado. Ya ántes se había dicho que en el palacio de Tréveris se probó de envenenarle; pero que el doctor hizo la señal de la cruz y se rompió el vaso que encerraba la mortal bebida.

En los primeros días la calma de aquel cielo parecía hacerla renacer en el espíritu del Reformador; la frescura de aquel ambiente parecía hacer brotar en él sentimientos llenos de lozanía. No se oía salir de su boca aquella palabra insolente, injuriosa, que constituía su lenguaje; su carácter, sus maneras, su modo de hablar, todo se suavizaba allí. Hubo ocasiones en que se hubiera dicho que el Reformador de Wittemberg había muerto para renacer el fervoroso novicio de Eisleben. Gustábale contemplar aquella naturaleza tan exhuberante, hacer revivir en su corazon de hombre recuerdos que se habían extinguido en su corazon de sectario. Allí tiene momentos gratos en que sonríe de felicidad ó llora de ternura.

La enfermedad de estómago volvió á molestarle; pero se distraía con la contemplacion de los ruiseñores, que iban á entonar sus cánticos en las ventanas mismas de su habitacion.

Al oírle parece otro hombre:

«He estado cazando, escribe á un amigo suyo, durante dos días. He querido conocer por experiencia este placer de los héroes; y he llegado á coger dos liebres y dos perdices. ¡Bonita ocupacion para un hombre que no tiene nada que hacer! Sin embargo, tambien teologizaba rodeado de mis perros y encontraba mi misterio de dolor entre este alegre tumulto.»

Pero aquellas primeras impresiones del hombre que salían del bullicio en que se halla metido un jefe de bandería para encontrarse en presencia de la naturaleza, se desvanecieron muy pronto. La delicadeza de aspiraciones, la ternura de sentimientos, todo volvía á extin-

guirse bajo la pasión del sectario. Lutero se acuerda de que está haciendo el papel de perturbador y quiere continuar representándolo aún en medio de aquellas imponentes soledades.

En Wartburgo encontró el Reformador excelente mesa servida con abundancia de cerveza y de rico vino del Rhin, á que el doctor era bastante aficionado.

Al ver los cuidados que le prodigaba con la mayor solicitud el custodio del castillo, Lutero escribía:

«Yo creo que quien paga todo este gasto es el príncipe, porque si supiera que cómo el pan de mi pobre huésped, ni una hora más yo permanecería aquí. Si es el pan del príncipe, bueno; porque, en fin, si hemos de comernos la fortuna de alguno, ha de ser la de esos príncipes; porque podemos decir que príncipe es sinónimo de ladrón (1).»

Téngase en cuenta que el príncipe á quien Lutero se refería era un protector suyo, cuyos buenos oficios le había proporcionado en circunstancias bien críticas por cierto.

Hasta entónces aún Lutero oraba. Allí empieza á dejar la plegaria.

«¡Ah! es un hecho, escribe tristemente, ¡ya no puedo ni rogar ni gemir!»

¿Dónde está la causa? Él mismo va á decirnoslo.

«La carne me quema, esta carne indomable que hierve en mí, cuando debiera hervir el espíritu. Pereza, sueño, molicie, lujuria, todas las pasiones me asedian... Hace ocho días que ya ni oro ni escribo (2).»

Aquel hervor de la carne sobreponiéndose á las expansiones de un espíritu que había sido cristiano, dió lugar á que concibiera la idea de combatir seriamente el celibato eclesiástico, como gran recurso para alistar gente bajo la bandera de la herejía. Los ataques al celibato no revistieron para él carácter teológico; no fueron sino obra del cálculo del jefe de secta.

Comprendía Lutero que una hora de alucinación podía arrancar á un sacerdote de su ministerio ó á un monje de su celda; pero este triunfo que, salva la castidad sacerdotal, podía no ser más que momentáneo, adquiriría un carácter de perpetuidad desde el momento en que el religioso se ataba á una mujer, á unos hijos, despeñándose así en un abismo de salida poco ménos que imposible. El eclesiástico que, al apostatar de la fe, apostatase también de la castidad, se vendía á la nueva secta y se vendía para siempre; y el que estando sólo podría volver á entrar en la senda del bien por el camino del arrepentimiento, rodeado de una familia, es ya sumamente difícil que rompa con estos lazos.

Carlstadt, comentando la enseñanza del doctor, anatematiza el celibato y dice que hacer de él un mandamiento, es exponer al sacerdote á *semen immolare Moloch*.

Lutero se queja de esa salida de Carlstadt, en lo que ve una exageración completamente insostenible. «Temo mucho, escribe, que Carlstadt, con su extraña exégesis no nos convierta en objeto de burla de los papistas. ¿Cómo no sabe que *semen immolare Moloch* no significa otra cosa que inmolar sus hijos á Moloch?» Y luego añade: «Al paso que vamos nuestros vitembergenses acabarán por dar mujeres á todos nuestros monjes.» Y despues prosigue: «En cuanto á mí esto ya es otra cosa.»

Era otra cosa por entónces; más adelante ya veremos como la doctrina, en este particular, la sanciona con el ejemplo.

Ya poco despues Lutero, adelantando por este camino, empieza á considerar como un bello ideal la vida de familia; la celda donde el religioso ampara su castidad se le convierte en un objeto de odio.

«Qué feliz sois, escribe á Gerbell, con haber triunfado por medio de una union honrosa de ese celibato en que uno es presa de fuegos abrasadores... La misera condicion del célibe, sea hombre, sea mujer, me revela á cada hora del día tantas monstruosidades, que no hay nada que suene tan mal á mis oídos como el nombre de monja, de monje, de presbítero: vamos, un hogar es un paraíso, aún cuando todo falte en él.»

(1) Spalatino 15 Ag. 1521.

(2) Melancton, 13 julio.

Se ve que Lutero empieza á sentir entusiasmos que no tienen nada de ascéticos.

En Wartburgo fué tambien donde Lutero empezó á dejar de decir misa.

No sólo se abstiene de celebrar; combate rudamente el santo sacrificio. ¿En qué concepto? Según él, la misa como sacrificio es el aniquilamiento del sacrificio del Calvario. ¡Brava lógica! ¡La misa es el aniquilamiento del sacrificio del Calvario, cuando toda ella es un recuerdo vivo, sublime, de la inmolacion del Gólgota, cuando la misa es la glorificacion de la cruz, del Calvario, de la preciosísima sangre del Redentor, cuando al contemplar en ella á JESUCRISTO que se inmola en nuestros altares, nos sentimos transportados á la inmolacion sangrienta que tuvo lugar en la montaña santa!

Así iba desmoronándose en la persona de Lutero el antiguo edificio religioso.

Los folletos que en Wartburgo escribió sobre la idolatría de la misa, la impureza del celibato y los votos eclesiásticos, eran de tal carácter que, al enviarlos á su íntimo amigo Spalatio, éste se resistió á entregarlos á la imprenta. Lutero se irrita al saber que no se imprimen, y escribe á su confidente:

«Os he enviado mis libros. ¿Se han perdido? ¿Han sido interceptados en el camino? Nada me atormentaría tanto como el saber que vos los tenéis en cautividad... Si, pues, los guardáis vos, tregua á esa prudencia que sospecho: quiero que se publiquen, ya sea en Wittemberg, ya sea en otra parte. Si supiera que los retenéis, me enfurecería contra vos, y con esto no ganaríais sino grandísimo enojo de mi parte... No quiero que se me diga que el Elector no tolerará que se turbe la paz pública: antes yo os perderé á vos, al príncipe y á toda criatura.»

Del santo Evangelio diríase que Lutero no guarda ya otra palabra que esta que repite en todos los tonos: «Yo no he venido á traer la paz, sino la guerra.»

Enfurecido contra el cardenal de Maguncia porque permitió un sermón sobre las indulgencias, le escribe:

«Mi Dios vive aún y sabrá el medio de jugar con todo un cardenal de Maguncia, aun cuando éste tenga á su lado cuatro Césares... No, Lutero no ha muerto, y Lutero se apoyará en el Dios que ha humillado al Papa y jugará con el arzobispo de Maguncia un juego que éste no sospecha siquiera... Estáis, pues, advertido; si Vuestra Gracia no se decide á destruir prácticas idolátricas, entónces sabré lo que me corresponde hacer á mí, hombre de fe y de eternidad; os trataré como he tratado al Papa y manifestaré al mundo la diferencia que hay entre un lobo y un obispo.»

Así es como habla un monje á un cardenal. No hemos de extrañarlo al saber la manera cómo se atrevía á hablar al mismo Papa. En su orgullo ya no hay dignidades; el orden de la Iglesia, la jerarquía, todo desaparece para él. Al principio no era más que una protesta contra la sociedad cristiana, hoy se juzga ya un poder que puede luchar de frente. Al principio se limitó á denostar, á injuriar; ahora ya amenaza.

XIX.

Lutero constituido en discípulo y en agente del diablo.

Fuera de Wartburgo, donde residía el Reformador, se contaban de él cosas las más raras. Suponíasele en comercio con las potencias invisibles, hablábase de diálogos, de controversias sostenidas por el doctor, no ya con Prierias ni con Eck, sino con Satanás; Lutero medía allí sus fuerzas con el mismo diablo en persona.

Gentes que podían saberlo, aseguraban que el diablo entraba de noche en Wartburgo, en figura de una agraciada mujer (1).

(1) Ulemborg *Hist. de Vita. Luth.*

¿Qué clase de fundamento tenían estos rumores?

Lo que se sabe es que había una joven, Argula Stauf, casada con el caballero Grumbach, que antes de conocer á Lutero se sintió poseída de una pasión hacia aquel personaje, cuyo nombre llenaba la Alemania. El día en que el doctor dió á conocer su doctrina sobre la fe haciendo inútiles las obras para la justificación, Argula Stauf vió en aquella teoría una nueva revelación que le presentaba horizontes muy halagüeños, sobre todo tratándose de una mujer de sangre ardiente; y se dedicó desde entonces al estudio de la flamante teología. Lo que se refería al mundo de las abstracciones á Argula le interesaba poco; pero las enseñanzas de Lutero tenían su lado práctico y hasta halagüeño para corazones que se desbordan. La afición hacia la Reforma y hacia el Reformador tomó muy pronto en Stauf las proporciones de una manía. Supo que Lutero se hallaba en la soledad de Wartburgo. Envuelto en el misterio de aquellas solitarias alturas el doctor adquiría para ella todas las proporciones de un ser que rayaba en lo sobrenatural. Ella partió de Ingolstadt y se fué á avistarse con el doctor, entrando de noche en el castillo.

¿Era Argula Stauf este diablo que se había visto introducirse en forma de mujer?

De todas maneras debemos hacer constar que es el mismo Lutero quien da fe de sus entrevistas con Satanás.

Con el diablo fué con quien conversó sobre la misa.

«Era la media noche, dice; Satanás me despertó repentinamente y empezó á discutir conmigo:

—«Escucha, me dijo, mi querido doctor. Por espacio de quince años has estado celebrando misas diarias. ¿Y si estas misas no fuesen más que una horrible idolatría?... JESUCRISTO quiso que el Sacramento se distribuyera entre los fieles que comulgan. Por esto los antiguos al sacrificio le han llamado comunión, puesto que, según la institución de JESUCRISTO, no debe usar del Sacramento únicamente el sacerdote, sino también los otros fieles que son sus hermanos... ¿Qué clase de sacerdote eres cuando no apareces ordenado para la Iglesia en general, sino únicamente para ti?... El pensamiento y el designio de JESUCRISTO en la misa es que se anuncie y se confiese su muerte. «Haced esto, dice, en memoria mía.» Y tú, decididor de misas rezadas, en éstas ni predicas, ni confiesas á JESUCRISTO... El obispo al darte la unción te dirigió estas palabras: «Recibe el poder de celebrar y de sacrificar por los vivos y por los «muertos.» ¿Qué significa esta ordenación siniestra y perversa? JESUCRISTO instituyó la Cena como una comida y una bebida y tú la conviertes en un sacrificio propiciatorio.

—«Yo le objeté al diablo, prosigue Lutero, la intención y la fe de la Iglesia, diciéndole que era en esta fe y en esta intención como yo había celebrado.—Satanás, cogiéndome entonces con mayor violencia, me contestó:—Estas cosas las hacéis en las tinieblas. La Iglesia ni ve ni piensa nada fuera de la palabra y de la institución de JESUCRISTO.»

A decir verdad, el diablo este que hablaba á Lutero, manifestó ser un pobre diablo. Si llega á presentarse en la disputa de Leipsick se le silba de una manera espantosa. El último estudiante de teología hubiera contestado á tan fútiles argumentos. Bastaba que Lutero se tomase la pena, no de discutir, sino de abrir cualquier manual de doctrina cristiana, para hacerle comprender que en la santa misa el sacrificio no es al solo sacerdote á quien aprovecha, que los fieles que asisten á ella devotamente, que la Iglesia en general, y á la que representa el celebrante, tienen también allí su participación.

Fuerza es confesar que en aquella ocasión el diablo olvidó enteramente su destino. Hacer el diablo el papel de apóstol para sacar un alma del error es cosa que á Satanás no se le había ocurrido nunca. Su oficio es corromper, pervertir; y sin embargo, aquí el espíritu de tinieblas, en el sentido de Lutero, aparece convertido en ángel de luz, ya que da al Reformador advertencias que él estima aceptables.

No hay por qué decir que Lutero acude á esta fábula de la aparición del diablo, con el fin de impresionar á los sajones y vulgarizar el error, la negación respecto al santo sacrificio.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 110 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

GALERÍA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced; D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pío IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla.—La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hacia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbitero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villambrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.